

DE BUENOS AIRES, REPUBLICA ARGENTINA

EL ESTADO Y LAS ASOCIACIONES OBRERAS

Hace años, en una revolución política en el Paraguay, y cuando se vislumbraba el triunfo de ella, dispensaban sus hombres relativa protección a las clases desheredadas de la fortuna.

Los hombres versados en sociología decían que no era nueva aquella táctica de invocar la libertad y el bienestar del pueblo, pues que desde Espartaco a nuestros días todas las revoluciones se hicieron en nombre del pueblo, y que el referido pueblo ha sido el escalón para ascender a las cumbres del Poder.

Llamaba la atención en Buenos Aires que los principales jefes protegían la formación de sindicatos o asociaciones obreras y hasta les proporcionaban locales y casas para congregarse.

Y si llamaba la atención era porque sabían que no es posible esa armonía y fraternidad entre los hombres de Gobierno y los desheredados que sufren.

Los hombres de Estado ganan buenos sueldos y viven con esplendor, cobran las rentas públicas, administran la Hacienda de la nación y propenden a conservar el equilibrio político-económico-social, y, como consecuencia, el *statu quo* del régimen burgués.

El Estado vive de los tributos generales, contribuciones de los agricultores, de los propietarios de fincas urbanas, del comercio, industria, importación, exportación, etc., etc.; en fin, vive de los tributos del capital de la burguesía, de la que forma parte el Estado mismo, o el Gobierno. Y los gobernantes liberales o republicanos embanderados con la democracia, ya en el Poder, toleran y transigen con que el clero prosiga su obra de embrutecimiento secular de las masas; porque el hombre, gobernante o propietario, cuando se va enriqueciendo, de una manera inconsciente dado el medio en que vive, se va haciendo autoritario y a la vez aristócrata por las comodidades de que disfruta y el ambiente perfumado que respira.

Para ser rebelde hay que sufrir, trabajar mucho y ganar poco; y de esta manera, dándole a la vez cul-

tura sociológica para formarle una verdadera conciencia social, es como se hace el revolucionario verdad, dueño de sí mismo, y que vislumbra allá en lontananza un mundo nuevo: «La Sociedad Futura».

Al año o dos años, refería la prensa bonaerense que aquellos generales, protectores del proletariado para que se agrupara y luchara contra sus patronos que los empujaron para la formación de sindicatos obreros; aquellos que en discursos y en la prensa diaria maldecían y recriminaban a los ricos, a los reaccionarios, a los hombres del pasado, al verse firmes y fuertes en las alturas del Poder, fueron lentamente cambiando de casaca y constituyéndose en hombres gubernamentales y separándose poco a poco de la clase obrera....

El gobernante propende, a todo trance, a que exista el orden y la paz en sus dominios; y, como principio democrático, permite el derecho de asociación; pero, en la lucha entre el capital y el trabajo, cuando se declaran en huelga parcial o general las clases obreras, en nombre del orden público, el gobierno acostumbra dar garantías a los propietarios, a los patronos.

En estos casos de huelga hay obreros que se unen a los patronos para conservar el trabajo, que se les moteja con el epíteto de *squiroles*; y sus compañeros, los que no quieren trabajar sin conseguir un mejoramiento económico, tienen que entablar la lucha a brazo partido con los denominados traidores. Estas luchas se verifican en las entradas de los talleres: allí se estaciona la policía para proteger la entrada a los traidores, a los *squiroles*; y también allí, a la entrada, se estacionan los huelguistas para evitar que ningún obrero entre a trabajar, con el fin de conseguir el triunfo de la huelga.

Al entrar un grupo de traidores al taller, se avalanzan centenas o millares de huelguistas para no dejarlos entrar, y a esta actitud se interponen los gendarmes y soldados, luchando desesperadamente la fuer-

za armada con el pueblo, con los huelguistas.

La fuerza pública lucha con sus machetes y máuseres, y los obreros con los puños, garrotes, navajas y con lo que tengan a mano.

A esta relación que acabamos de hacer se llama «huelga revolucionaria», la única que puede dar buenos resultados relativos con la consiguiente efusión de sangre. Con esto pretendemos demostrar el divorcio que existe entre las autoridades y las clases obreras.

En nombre del orden alterado, los Gobiernos emplean la fuerza, y finalmente se constituyen en mediadores entre patronos y trabajadores, y ordinariamente se arriba a un arreglo parcial hasta que más tarde se declare otra y otras huelgas; como se seguirán declarando mientras haya ricos y pobres, oprimidos y opresores.

Aunque el obrero gane por día cincuenta pesos no estará conforme, porque a medida que se va ganando más, también se encarecen las subsistencias para la vida y el aumento de jornal es una solución del momento; pero no es la resolución definitiva de un problema económico.

A lo que aspira la clase proletaria es llegar a la meta, es decir, que el hombre sea libre económicamente, siendo todos los hombres productores y consumidores libres; aboliendo el dinero y eliminando las fronteras para que a la vez desaparezcan las guerras, afrenta y baldón de nuestra raza, la raza humana; y que los ejércitos humanos tengan por armas el arado y el martillo y que la ciencia y el arte no sean patrimonio del rico, sino de todos los hombres, para que la paz y la fraternidad sean un hecho; dándose los obreros un abrazo de hermanos por encima de las fronteras y a través de los continentes.

Cuando esto se haya verificado estará implantada la «Sociedad del Porvenir», la justicia y la igualdad.

CONSTENLA DE «CIBRÁN».

CRISTOBAL AZCARATE

AGENTE EXCLUSIVO
DE LA REVISTA

“ARIETE”

2^a Cerca Sto. Domingo N^o 9

PUEBLA